

# Mesura y desmesura

Albert Camus



El extravío revolucionario se explica, ante todo, por la ignorancia o el desconocimiento sistemático de ese límite que parece inseparable de la naturaleza humana y que la rebelión descubre, precisamente. Los pensamientos nihilistas, por no tener en cuenta esta frontera, terminan lanzándose a un movimiento uniformemente acelerado. Nada los detiene ya en sus consecuencias y justifican, por lo tanto, la destrucción total o la conquista indefinida. Ahora sabemos, que la revolución sin más límites que la eficacia histórica significa la servidumbre sin límites. Para evitar este destino, el espíritu revolucionario, si quiere permanecer vivo, debe fortalecerse, en consecuencia, en las fuentes de la rebelión e inspirarse en el único pensamiento fiel a esos orígenes, el pensamiento de los límites. Si el límite descubierto por la rebelión lo transfigura todo; si todo pensamiento, toda acción que sobrepasa cierto punto se niegan a sí mismos, hay, en efecto, una medida de las cosas y del hombre. En historia, como en psicología, la rebelión es un péndulo desordenado que recorre las amplitudes más disparatadas porque busca su ritmo profundo. Pero ese desorden no es completo. Se realiza alrededor de un eje. Al mismo tiempo que sugiere una naturaleza común de los hombres, la rebelión pone de manifiesto la medida y el límite que están al principio de esta naturaleza.

Actualmente toda reflexión, nihilista o positivista, a veces sin saberlo, origina esa medida de las cosas que la ciencia misma confirma. Los cuantos, la relatividad hasta el presente, las relaciones de incertidumbre, definen un mundo que no tiene realidad definible sino en la escala de las grandezas medianas que son las nuestras. Las ideologías que conducen a nuestro mundo nacieron en la época de las magnitudes científicas absolutas. Nuestros conocimientos reales no autorizan, por el contrario, sino un pensamiento de magnitudes relativas. "La inteligencia -dice Lazare Bickel- es nuestra facultad de no llevar hasta el límite lo que pensamos, con el fin de que podamos seguir creyendo en la realidad". Sólo el pensamiento aproximado engendra lo real.

No hay nada, ni siquiera las fuerzas materiales, que en su marcha ciega no ponga de manifiesto su propia medida. Por eso es inútil querer invertir la técnica. La era de la rueda para hilar ha pasado y el sueño de una civilización artesana es sano. La máquina no es mala sino en su modo de empleo actual. Hay que aceptar sus beneficios aunque se rechacen sus estragos. El camión conducido a lo largo de los días y las noches por su conductor no humilla a éste, que lo conoce enteramente y lo utiliza con amor y eficacia. La verdadera e inhumana desmesura está en la división del trabajo. Pero a fuerza de desmesura llega un día en que una máquina de cien operaciones, conducida por un solo hombre, crea un solo objeto. Este hombre, en una escala diferente, habrá vuelto a encontrar en parte la fuerza de creación que poseía el artesanado. El productor anónimo se aproxima entonces al creador. No es seguro, naturalmente, que la desmesura industrial siga en seguida ese camino. Pero ya demuestra, con su funcionamiento, la necesidad de una medida, y suscita la reflexión capaz de organizar esa medida. En todo caso, o bien servirá este valor de límite o bien la desmesura contemporánea no encontrará su regla y su paz sino en la destrucción universal.

Esta ley de medida se extiende también a todas las antinomias del pensamiento rebelde. Ni lo real es enteramente racional ni lo racional completamente real. Lo hemos visto a propósito del superrealismo; el deseo de unidad no exige solamente que todo sea racional. Quiere también que lo irracional no sea sacrificado. No se puede decir que nada tiene sentido, pues con ello se afirma un valor consagrado por un juicio; ni que todo tiene un sentido, pues la palabra todo carece de significación para nosotros. Lo irracional limita lo racional, que le da, a su vez, su medida. En fin, tiene sentido aquello que debemos conquistar sobre el no sentido. De la misma manera, no puede decirse que el ser sea únicamente al nivel de la esencia. ¿Dónde se puede captar la esencia sino al nivel de la existencia y del devenir?. Pero no se puede decir que el ser no es sino existencia. Lo que deviene siempre no podrá ser, pues es necesario un comienzo. El ser no puede experimentarse sino en el devenir; el devenir no es nada sin el ser. El mundo no se halla en su estabilidad pura, pero no es solamente



movimiento. Es movimiento y fijeza. La dialéctica, por ejemplo, no huye indefinidamente hacia un valor ignorado. Gira alrededor del límite, primer valor. Heráclito, inventor del devenir, ponía sin embargo, un límite a ese flujo perpetuo. Ese límite estaba simbolizado por Némesis, diosa de la medida, fatal para los desmesurados. Una reflexión que quisiera tener en cuenta las contradicciones contemporáneas de la rebelión debería pedir su inspiración a esa diosa.

Las antinomias morales comienzan, ellas también, a iluminarse a la luz de ese valor mediador. La virtud no puede separarse de lo real sin convertirse en principio de mal. Tampoco puede identificarse absolutamente con lo real sin negarse a sí misma. El valor más moral puesto de manifiesto por la rebelión, finalmente, no está por encima de la vida y la historia que lo que la vida y la historia están por encima de él. En verdad, sólo adquiere realidad en la historia cuando un hombre da su vida por él, o se la consagra. La civilización jacobina supone que los valores están por encima de la historia, y su virtud formal fundamenta entonces un embaucamiento repugnante. La revolución del siglo XX decreta que los valores están mezclados con el movimiento de la historia y su razón histórica justifica un nuevo embaucamiento. La medida, frente a este desorden, nos enseña que toda moral necesita una parte de realismo; la virtud enteramente pura es mortífera; y que todo realismo necesita una parte de moral: el cinismo es mortífero. Por eso la charlatanería humanitaria no tiene más fundamento que la provocación cínica. En fin, el hombre no es enteramente culpable, pues no comenzó la historia; ni enteramente inocente, pues la continúa. Quienes traspasan este límite y afirman su inocencia total terminan en la desesperación de la culpabilidad definitiva. La rebelión, por el contrario, no pone en el camino de una culpabilidad calculada. Su única esperanza, pero invencible, encarna, al final en asesinos inocentes.

En este límite, el "existimos" define paradójicamente un nuevo individualismo. "Existimos" ante la historia, y la historia debe contar con este "existimos", que debe, a su vez, mantenerse en la historia. Yo necesito a los demás que me necesitan a mí y a cada uno. Toda acción colectiva y toda sociedad suponen una disciplina y el individuo, sin esta ley, no es sino un extraño doblado bajo el peso de una colectividad enemiga. Pero sociedad y disciplina pierden su dirección si niegan el "existimos". Yo solo, en un sentido, soporto la dignidad común que no puedo dejar que se rebaje en mí ni en los otros. Este individualismo no es goce; es lucha siempre, y goce sin igual algunas veces, en la culminación de la compasión orgullosa.